

razones, irán preparando el terreno de la intersubjetividad que culminará en la propuesta de la razón comunicativa habermasiana.

La última de las categorías es la crítica a la filosofía de la conciencia, que recorre como telón de fondo la exposición de todos los autores y textos comentados. El puesto de la conciencia lo ocupa en Husserl el mundo de la vida, pues es a través de él como se hace posible el acceso a la subjetividad trascendental. Por otro lado Merleau-Ponty va a proponer un sujeto-cuerpo, como realidad vivida que nos permite instaurarnos en el mundo. Necesariamente tenemos que acabar esta crítica a la filosofía de la conciencia aludiendo a las últimas páginas del libro, dedicadas a Freud, para el que la biografía ocupa el lugar de la conciencia como una hermenéutica de lo profundo.

El estudio del profesor López Molina propone una revisión crítica de las ideas antes mencionadas, un estudio que escoge

magistralmente las claves para la comprensión de los autores elegidos y los expone de una forma clara y exigente. La unidad que se muestra en la obra nos llevará directamente a una interpretación más completa y cerrada de la reflexión filosófica de los últimos siglos. Al hilo de la exposición de Rorty se afirma que la discontinuidad entre el modelo de la filosofía antigua, la medieval y la moderna significa que «las cuestiones filosóficas no se solventan mediante respuestas correctas, sino que más bien se dejan de lado, una vez que han perdido su valor» (p. 107); si alguna de las cuestiones expuestas hubiesen perdido su valor tendríamos que volver a otorgárselo con renovadas esperanzas, pues, como se muestra en estas páginas, podríamos encontrar en ellas la clave para formular una propuesta más humana para nuestra subjetividad.

*Laura Herrero Olivera*

BIRULÉS, F., GÓMEZ RAMOS, A. y ROLDÁN, C. (eds.), *Vivir para pensar. Ensayos en homenaje a Manuel Cruz*, Herder, Barcelona, 2012, 458 p.

Manuel Cruz es uno de los filósofos españoles más reconocidos de las últimas décadas, dentro y fuera de nuestro país. Buena prueba de ello es este libro de homenaje, editado con motivo de su sesenta cumpleaños, y en el que han colaborado nada menos que veintisiete autores españoles y de otros países europeos, iberoamericanos y de habla inglesa.

Cruz nació en Barcelona en 1951, en el seno de una familia de trabajadores andaluces que perdieron la Guerra Civil y emigraron a la capital catalana. Comenzó sus estudios universitarios en 1968, en la Universidad de

Barcelona, y tuvo como maestros a Francesc Gomà, Jesús Mosterín, Pedro Cerezo, Emilio Lledó y Jacobo Muñoz. Lledó, cercano a la hermenéutica de Gadamer e historiador de la filosofía griega, y Muñoz, cercano al marxismo de Sacristán y al diálogo entre «continentales y analíticos», son los que ejercieron una mayor influencia intelectual en Cruz, que desde muy pronto comenzó a practicar un diálogo respetuoso y fecundo entre la hermenéutica, el marxismo y la filosofía analítica. Por cierto, Lledó y Muñoz participan en el presente volumen, lo cual es muy notable: dos maestros ya jubilados

homenajeando a su común discípulo, aún en activo. Tal vez esta pequeña anécdota sea indicativa de los nuevos tiempos que corren en la filosofía española.

En 1986, Cruz obtuvo una cátedra de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Barcelona. Desde entonces, ha sido profesor visitante en diversas universidades europeas y americanas, participa en el consejo de redacción de numerosas revistas, ha dirigido la revista *Barcelona Metrópolis* y varias colecciones editoriales, primero en Paidós y ahora en Herder. Es autor de veintidós libros, en solitario o en colaboración, ha compilado quince volúmenes colectivos y es colaborador habitual en medios de comunicación españoles y argentinos. Algunos de sus libros han sido traducidos al italiano y al inglés. Además, ha recibido los premios de ensayo Anagrama (2005), Espasa (2010) y Jovellanos (2012).

En esta dilatada trayectoria intelectual, Cruz ha sabido combinar la docencia, la investigación, la labor editorial, la participación en los debates públicos y el compromiso moral con los grandes problemas de nuestro tiempo. Además, en todas esas tareas, no solo ha demostrado su buen hacer, sino también su capacidad para tejer lazos de amistad filosófica y personal, más allá de las fronteras académicas, lingüísticas, nacionales, etc.

No es extraño que sus amigos y colegas hayan querido participar en este acto de reconocimiento público. Y eso a pesar de que no ha sido posible contar con todos los que hubieran deseado aportar su pequeño regalo. Mi aportación personal al homenaje es esta breve reseña del libro. Como dicen los editores en su presentación, «los homenajes académicos no tienen una tradición muy arraigada en el ámbito hispanohablante», no tanto por el vicio de la envidia sino por «cierta debilidad histórica de nuestras ins-

tituciones universitarias». Por eso mismo, obras de este tipo son muy necesarias, porque el homenaje público a la labor profesional de nuestros colegas no sólo es un ejercicio moral de gratitud, reconocimiento y afecto, sino también un genuino ejercicio intelectual de diálogo amistoso y de contrastación crítica, y todo ello contribuye a fortalecer nuestra vida cultural y académica.

Tras una evocadora introducción de Emilio Lledó, los artículos del libro se agrupan en cuatro bloques, que se corresponden con los cuatro campos temáticos en los que se ha desplegado la labor intelectual de Manuel Cruz: 1) En qué repara el filósofo (con artículos de Jorge E. Dotti, William Egginton, Daniel Innerarity, Jeff Malpas y Jacobo Muñoz); 2) La comprensión del pasado (con artículos de Antonio Beltrán Marí, Daniel Brauer, José Luis Pardo, Carlos Pereda, Johannes Rohbeck, Verónica Tozzi, Enzo Traverso y Antonio Valdecantos Alcaide); 3) La dificultad de vivir juntos (con artículos de Victoria Camps, Roberto Esposito, Santiago López Petit, María Inés Mudrovcic, León Olivé, Nora Rabotnikof y Gianni Vattimo); y 4) Tiempo de subjetividad (con artículos de Javier Gomá Lanzón, Giacomo Marramao, Salvador Mas, Javier Muguerza, Roberto Rodríguez Aramayo y Beatriz Sarlo). Basta leer la nómina de autores para comprobar que Manuel Cruz no sólo ha logrado componer una valiosa y variada obra filosófica, sino que también ha logrado congregarse en torno a él a una amplia comunidad de amigos y colegas, entre los que se encuentran algunos de los más importantes filósofos españoles y extranjeros.

La obra concluye con una larga «conversación» autobiográfica entre Ramón del Castillo y Manuel Cruz, titulada «Pensamientos pendientes» (pp. 405-455), y con la bibliografía de los libros publicados por el homenajeado. La conversación autobio-

gráfica es una buena muestra del estilo filosófico y personal de Manuel Cruz, y sobre todo de esa amable y sabia prudencia con la que se caracteriza a sí mismo: como «un erizo *zorruno* o un zorro *erizado*», en defini-

tiva, «como alguien que se esfuerza en hacer bien su trabajo».

*Antonio Campillo*